

CAPITULO XXXI.

*En pleno campo zapatista.*

A las siete de la mañana del viernes, y montando buenas cabalgaduras, dejamos el risueño pueblo de Tlaltizapán, y por entre bosques que forman hermosos panoramas tropicales, nos dirigimos a las montañas habitadas por la gente que tanto terror ha infundido en esa rica comarca.

Apenas habíamos avanzado una legua y media, y acabando de atravesar un caudaloso río, cuando uno de los cuatro fotógrafos que viajaban formando parte de la alegre caravana, el señor Hernández, que se había quedado atrás, pegó un grito de dolor; todos volteamos la cara y vimos que cámara y jinete yacían en las patas del caballo, debido a que por el peso del jinete el cincho se había roto, dando a Hernández un golpe morrocotudo, pero por fortuna nada sufrió el artista fotógrafo.

“¡Alto!... ¿Quién vive?”

Todos nos quedamos estupefactos, y alguien, que se había adelantado unos cuantos metros de nosotros, retrocedió su caballo y lanzó un alegre grito:

—¡Ola, Medina! ¿Cómo te va y qué andas haciendo?

Un viejo bronceado y de barba entrecana, que montaba un hermoso retinto, contestó con el mismo agrado la interrogación. Se puso a nuestras órdenes y se ofreció a acompañarnos hasta “El Jilguero”.

Todo el camino nos fué platicando el anciano guerrillero, dándonos detalles que son de suma importancia y que demuestran lo arraigado que está el zapatismo en todos aquellos pueblos, la ayuda que todos les facilitan y, sobre todo, la vigilancia y espionaje que ejercen los sublevados en todo el terreno rebelde.

Nos dijo que desde el día anterior nos habían visto en la torre del templo, pues había asestado sus anteojos para nuestros campamentos. Esa misma tarde—agregó—supimos a punto fijo la hora de salida de ustedes para “El Jilguero”, cuántos eran y a qué venían.

Desde México, continuó diciendo el viejo zapatista, nos fué comunicada la noticia de que ustedes habían salido, pero debo advertirles a ustedes una cosa muy grave, y que los hará poner en guardia; y en voz baja murmuró:

—Se trata de que ustedes están acusados, más bien dicho, denunciados ante nuestro querido general don Emiliano, de que en lugar de ser periodistas, son espías de Madero, y que dos de ustedes, entre ellos un español (efectivamente iba un periodista español), traen el encargo, el compromiso de matar por cualquier medio a nuestro amado jefe Zapata, de manera que a mí me dijeron mis jefes:

“No puede ser gente buena la que forma esa caravana”

Todos a una voz protestamos, y como por magia sacamos de nuestros bolsillos nuestras credenciales; pero el viejo marrullero exclamó que no sabía leer, pues sólo sabía firmar, y eso porque en fuerza de ver escrito su nombre, había logrado aprender a dibujarlo.

Debo confesar que ante aquella afirmación del viejo, nos entró un grave recelo; pero uno de los que iban con nosotros y que conocía a varios jefes zapatistas nos animó, diciéndonos que no tuviéramos cuidado, porque yendo con él nada nos podía pasar; que él respondía.

A cada cien metros y a medida que nos acercábamos más a los campamentos, al verdadero centro de los zapatistas, salían éstos como del fondo de la tierra.

Eran partidas de indígenas montados perfectamente,

formando grupos de tres o más, mientras que otros sacaban las cabezas desde las serranías cercanas, por entre los espesos verbazales, y no nos quitaban la vista de encima ni un momento; pero al vernos acompañados de una pareja de fieles zapatistas, en nada se metían con nosotros, y sólo de cuando en cuando hacían disparos que creíamos eran al aire, silbaban largamente y, con un cuerno de toro, que imitaba el sonido de un potente clarinete, lanzaban toques extraños, algo así como reminiscencias bárbaras de nuestros toques militares.

Ya avistábamos a lo lejos el caserío de "El Jilguero", cuando justamente al pasar por lo que fué rancho de "Los Dormidos", y es ahora un montón de ruinas, pues fué destruído por los federales en una excursión que hicieron por aquellos rumbos, la voz del muchacho que acompañaba al viejo Medina se dejó escuchar llena de sorpresa y respeto:

—"Hay viene mi general Zapata. Hay viene mi general Zapata".

Todos, como por encanto, detuvimos nuestros jamelgos (que parecían de pica), y hasta pretendimos echarnos pie a tierra, cuando el guía nuestro nos dijo que no era el general rebelde, sino el coronel Eutimio Rodríguez, quien con un sombrero arriscado, montando un brioso caballo y armado hasta los dientes, se acercaba a nosotros seguido de su Estado Mayor, compuesto por ocho hombres bien montados y calzados, que lo rodeaban formando un grupo imponente.

En el corto trayecto que nos quedaba ya para llegar al foco zapatista, (unos tres kilómetros de plena serranía en la que sólo se oía el cantar de los pájaros y el bramido de las fieras, pues abundan por allí los pumas y lobos), Rodríguez nos fué charlando, haciendo hincapié de su último ataque al pueblo de Tlaquiltenango, distante solamente un kilómetro de Jojutla; dice que pudo haber acabado con "el gobierno", a no ser porque su general (Zapata), le hubiera ordenado reconcentrarse. Dice que dió muerte a doce "pelones" y les quitó armas y parque, y él no tuvo ni un herido.

Ya para llegar al centro del rancho del Zapote, formado por unos treinta jacales e inmediato a un caudaloso río, iba-

mos rodeados por cosa de cincuenta zapatistas, cuya procedencia ignoramos completamente; nos veían de arriba a abajo, no desperdiciaron ninguno de nuestros movimientos, y aunque parecían gentes buenas, sus miradas eran fijas cuando no los veíamos, e indecisas cuando nosotros se las dirigíamos. Era evidente que les inspirábamos desconfianza.

Antes de llegar a "El Jilguero", cuyo punto podría llamarse "Sal si puedes", me dirigí al jefe Rodríguez, preguntándole por Emiliano Zapata, y me contestó con mucho énfasis:

—¿Mi General Zapata? Tal vez a estos momentos vaya llegando a Veracruz.

—¿Qué asunto lo lleva para aquellas tierras? manifesté al cabecilla.

—Va a levantar a aquel pueblo para marchar sobre Puebla, mientras nosotros con ocho mil hombres marcharemos sobre Cuernavaca y México, antes del 15 del actual.

Nuestro guía me cerró un ojo; yo ya me había dado cuenta de la farsa, y en la primera oportunidad que tuve para hablar a solas con él, me dijo que los subalternos de Zapata gozaban con ocultar el sitio en que se encontraba, y más ahora que desconfiaba de nosotros, pero que no tuviera cuidado, que él se encargaría de hacerlo llegar hasta nosotros o nosotros hasta él.

Ya subíamos a las colinas del rancho de "El Jilguero" y estábamos a unos cien metros de los jacales, cuando se habló sobre los comisionados de paz, Rodríguez no prestó mucha atención ni parecía interesarse por que se arreglara la paz, cuando al hablar de los caballeros que tenían gran interés por que se arreglara, se hizo mención del nombre del ingeniero Naranjo entre ellos. Rodríguez se enfureció, así como los cincuenta hombres que lo rodeaban, todos exclamaron a un mismo tiempo:

"Si Naranjo se acerca por estos rumbos, lo mataremos sin piedad".

Dicen que él es causa de muchos males y que estuvo en connivencia con el general Robles para quemar sus casas,

arrasar con pueblos y sacrificar a sus esposas, hijos y parientes, así como para hacer prisioneros a muchos inocentes. Que jamás le perdonarán la vida.

Apenas nos apeamos de los caballos y nos tirábamos boca abajo en unos frescos petates en los jacales de ramas, uno de los que nos acompañaba (1) y Rodríguez hablaban en secreto, combinando la manera de hacer llegar ante el jefe de los rebeldes, la noticia de que él y los periodistas metropolitanos acababan de llegar y deseaban verlo. Trabajo costó convencer a Rodríguez de que enviara un emisario ante él, porque hablar de Zapata y quitarse todos el sombrero, es cosa inevitable, se conoce el gran respeto, casi veneración, que tienen por él.

Yo alterné en la conversación y logré persuadir al citado Rodríguez de que el objeto de nuestro viaje era saludar al jefe rebelde, con la condición propuesta por todos los que ya rodeaban al jefe del campamento de "El Jilguero", de hacer saber al mundo por medio de las noticias de nuestros respectivos periódicos que los zapatistas no eran bandidos, y que si luchaban era por una causa justa, y que si en esa lucha atacaban trenes, asaltando y matando gente, era para corresponder a la conducta del "gobierno" que ha querido acabar con ellos por medio de tiranías, como las que usó Naranjo durante su gobierno en combinación con el general Robles, y que ahora que el Gobierno ha pedido la suspensión de garantías, para demostrar que nada les preocupa, van a ser más terribles y no se pararán en pintas para vengarse.

Se escribió una carta para Zapata, que supimos estaba a un kilómetro de nosotros y que había enviado ya sus espías en número abrumador, pues así lo denunciaba el gran número de rebeldes que solamente dejaban ver las cabezas entre los matorrales, pero que no nos perdían de vista seguramente.

Mientras iban los correos con la carta de Rodríguez, escrita ésta por su secretario, porque este rebelde no sabe ni

(1). El personaje que hace este relato es un corresponsal de guerra de un diario metropolitano.

leer ni escribir, los periodistas esperamos en el jacal más cercano al río.

En el intervalo de tiempo que transcurrió del envío de los correos (3 horas), y la hora que se nos sirvió el almuerzo (2 p. m.), tuvimos una conferencia con un grupo de rebeldes, quienes sesteando debajo de un árbol comenzaron a dirigirnos miradas, hasta que no pudiendo contener sus sentimientos, comenzaron a decir frases indirectas y luego claramente a acusar a los periódicos de ser enemigos de ellos, pues los periodistas siempre hablamos mal de ellos y bien en favor del gobierno, diciendo que puesto que nadie les hacía justicia y que sobre los pobres y honrados labriegos descargaban todos sus iras, lucharían hasta morir por vengarse o morir por las ideas que perseguían "igualdad de todos".

Dura fué nuestra tarea para convencerlos de que el papel que desempeñamos era el de la verdad, dijeron que debían nuestros periódicos estar con el pueblo y echarles de lleno a los de levita, porque no era justo que los de soberte estuvieran comiendo en los grandes restaurants de la capital, paseando en automóviles y disfrutando del dinero ganado con el sudor del rostro de ellos que siempre han vivido a medio comer. Que la mayor parte de las grandes haciendas han sido formadas con pequeñas fajas de terreno que antes eran de ellos, de los pueblos, de las congregaciones; así pues, aseguran que pelearán mientras vivan, aún cuando sigan comiendo muchas veces zacate como los animales, puesto que no cesarían en la lucha sino hasta que su vida volviera a ser como la que tenían antes de la revolución, de la que dicen que se ha burlado el Sr. Madero; que prefieren morir atravesados por las balas federales antes de permitir que se les humille de nuevo.

Nuestro papel se vió muy comprometido, sumamente delicada era nuestra situación, pero haciendo un esfuerzo grande, hablamos turnándonos unas dos horas, haciéndoles ver la conveniencia y mal resultado que les daba estar en esa creencia, que creíamos que el gobierno iba a buscar el bien para todos y que quizás no se había llevado a efecto el problema agrario, porque ellos mismos lo impedían por estar levantados en

armas. Cosas por el estilo les manifestamos, hasta el grado de dejarlos como una seda, y ya todos nos tendieron la mano.

El hecho anterior que parece demostrar una vana pretensión y vanidad de nuestra parte, vino a comprobar un hecho muy claro que se advierte entre los levantados del Sur, que los tienen sugestionados hombres de mala fe, malos mexicanos que han ido a predicar doctrinas disolventes y de socialismo, más de cuatro pudimos conocer entre ellos, y son despechados de algunos Estados lejanos del de Morelos, que han ido a dañar los espíritus ya predispuestos de los zapatistas. En ese pequeño campamento encontramos esa clase de gente que cantan los triunfos de los huelguistas de Londres, Berlín, París, etc., diciéndoles que así se deben imponer ellos.

Rodríguez se mostró desde ese momento más amigo de nosotros y, para manifestarnos su confianza, nos hizo llegar hasta otro jacal más a las cimas de las lomas, en donde nos presentó a su madre, una anciana trabajadora, que en menos de diez minutos nos llevó "copeteados" platos de arroz y una ración de gallina con sabrosas tortillas.

—Han de dispensar sus mercedes—dijo la viejecita—pero mucho trabajo nos costó conseguir ese "bocadito", el Gobierno no permite que se nos traiga de los pueblos ni un pedazo de azúcar.

Después del almuerzo, que nos supo a gloria, y que se redujo a los platillos antes mencionados, Rodríguez nos hizo llegar hasta el río, con el objeto de tomar el fresco debajo de los árboles, pues era tal el calor, que ni los mismos aclimatados lo soportaban. En un solar se improvisó un jaripeo en nuestro honor, en el cual demostraron los rebeldes ser buenos lazadores y mejores jinetes.

Apenas se había acabado de jinetear el primer torete, cuando comenzaron a desfilar ante nuestros ojos, y en los cerros cercanos, partidas y más partidas de rebeldes que subían, bajaban, y tomaban distintos caminos con gran actividad; aquello parecía una escena cinematográfica o escena de desfiles militares en los teatros, entre cuyos bastidores están circulando constantemente los mismos personajes.

¿Qué es lo que pasa? Dijimos a nuestro amigo Rodríguez, y nos contestó que Zapata había ordenado una movilización general tal vez con el objeto de ir a atacar a los federales que sabían se movilizaban contra ellos. Otros rebeldes nos dijeron que era gente que llegaba, y otros, que huían de ese sitio por temor de ser sorprendidos.

Mientras presenciábamos esa imponente escena, grupos de rebeldes, y uno que otro aislado, bajaban hasta donde estaba Rodríguez y conferenciaban con él de una manera misteriosa, apartándose lo más lejos posible de los periodistas.

Ya las atenciones de Rodríguez se hacían a cada momento más frías, y quedábamos abandonados, hasta que un capitán de las fuerzas del cabecilla Alarcón se acercó a otro de los soldados y murmuró:

"¿Qué hacen aquí estos catrines? ¡Le ordeno que los haga alejar de aquí, si no quieren que les pase otra cosa!...

Rodríguez se acercó a nosotros, y dijo que acababa de llegar un correo de Zapata, trayendo contestación a mi solicitud para entrevistarle, manifestando que no podía recibirme porque asuntos urgentes del servicio se lo prohibían; pero que el domingo contestaría mi carta a Tlaltizapán, y en ella me diría cuándo y a qué hora, si sus ocupaciones se lo permitían, podía recibirme, y en dónde. Esperamos para esa contestación más de siete horas, no obstante que sabíamos que él estaba lejos de nosotros sólo un kilómetro.

Rodríguez, para terminar, se despidió de nosotros sin más explicación que decirnos que tenía que salir de "El Jilguero", con órdenes secretas, por lo que, quedando sin seguridades y sí mirados con desconfianza por muchos, resolvimos abandonar el risueño "Jilguero", convencidos de que Zapata estaba sugestionado por los que lo rodeaban y que lo aconsejan para que no acepte condiciones de paz y continúe en la lucha, cuando en todos los contornos se sabe que él tiene deseo de deponer las armas.

Algún cabecilla, ya para despedirnos, nos dijo en secreto: "No culpen ustedes a mi general, ya estaba resuelto a entrar en arreglos de paz, pero le han puesto tanta cabeza gen-

tes misteriosas. Puedo asegurar que tiene sus consejeros en México.

Regresamos a Jojutla atravesando por espesas cerranías y unas cañadas abruptas, en cuyas cumbres distinguimos fortificaciones de los rebeldes, consistentes en enramadas y espesas cercas.

A las ocho de la noche entramos al pueblo, que bien se puede llamar la Moscú mexicana, arrasada por las batallas registradas entre rebeldes y federales. Hay muchos edificios en ruinas, consumidos por el fuego.

CAPITULO XXXI

TICUMAN.

*Amador Salazar.*

El 11 de agosto de 1911, mientras en la capital de la República se leían en las columnas de un periódico las líneas anteriores, en Ticumán tres periodistas eran sacrificados por el furor zapatista, despertado por aquellos agitadores sin conciencia, que lejos de preocuparse por el término de la lucha fratricida, excitando al patriotismo de los hombres que dirigen la cosa pública y de los sentimientos humanitarios de la sociedad para que oigan y atiendan a los humildes y necesitados, sólo se ocupan de exasperar más y más el ánimo de los rústicos labriegos de Morelos, que con el mote de zapatistas, se empeñan en una lucha feroz, terrible y sanguinaria, pero que responde (1) a un ideal de redención y de bienestar con la devolución de los ejidos.

Había circulado en el campamento del Jilguero, la conseja, no precisamente que los periodistas intentaban asesinar a Emiliano, sino de que varios oficiales maderistas, disfrazados de reporteros (fijémonos en este detalle para lo que viene después), se habían comprometido con Madero para llegar hasta donde estaba Zapata, y allí asesinarlo.

(1) Continúa hablando el guerrillero Rodrigo Valera.